

LA CRUZ DE PALO



NOVELA CORTA PRECIO 0,30

VICENTINO GONZALEZ

G-F- 2243



Desol
A

LA CRUZ DE PALO

NOVELA CORTA

POR

GUSTAVO GONZALEZ



SALAMANCA
Imp. de "La Gaceta Regional,"
Padilleros, número 4

1930



R. 45605

Q. 1070666
T. 56213

LA CRUZ
DE PALO

DEDICATORIA

A la mujer que, queriendo, me enseñó a querer, y olvidando me enseñó a olvidar, dedico este pobre fruto de imaginación, que carece de la sazón debida, pero contiene el saborcillo agridulce de un máximo esfuerzo.

EL AUTOR

GUSTAVO GONZALEZ



SALAMANCA

Imp. de "El Guano" R. S. S. S. S.
P. de la C. de la C. de la C. de la C.

PRÓLOGO

7

En una extensa planicie de los feraces campos de Castilla nace, angosta y tortuosa vereda que, serpenteando por entre barbechos y rastrojeras, se desdobra lentamente en busca de la acogedora sombra de los próximos encinares; en medio de esta llanura, calcinada por los rayos del ardoroso sol castellano, y en un ribazo de la vereda, se alza majestuosa, una copuda y antañona encina, único oasis, que brinda al viajero reparación de sus fuerzas extenuadas por el asfixiante calor de agosto.

Bajo sus nudosos brazos y socavando su corpulento tronco, brota alegre y rumorosa fuentequilla que, formando un débil regatuelo, vuelve a ocultarse en la absorbente capa calcárea de la tierra.

¡Hermoso cuadro el que nos brinda la Naturaleza aquí, donde la alegre fuentequilla y la antañona encina, parecen hermanarse en estrecho y cariñoso abrazo prestándose frescura y savia, que han de servir de solaz reposo al cansado viandante! Sin embargo, no es todo vida y alegría, algo hay aquí de emocional y severo, algo que acongoja el alma del visitante in-

fundiéndole un vago y repentino temor supersticioso.

A dos pasos de la fuentecilla, una tosca y humilde cruz de palo, muestra sus desnudos brazos en medio de un celaje de leyenda y misterio, que el viajero ignora, infundiéndole temor esta majestuosa gallardía del símbolo de la Fe.

El pastorcillo que pasa conduciendo su pequeño rebaño, o el labriego que va o vuelve de una feria con su ganado, al llegar a "La encina de la fuentecilla" (como la llaman sus comarcanos), se acercan a ella temerosos, descubren su cabeza con respeto y después de mojar sus labios resecaos por el calor en sus frescas y cristalinas aguas, prosiguen su camino lentamente, ajenos a la tragedia, que no en muy lejanos tiempos, hizo escenario de sus hechos a este pintoresco y misterioso paraje.

"He aquí la leyenda":



LA CRUZ DE PALO

I

A pocos metros de "La encina de la fuente-cilla", se deriva un estrecho sendero, que formando un ángulo agudo con la vereda y cruzando en zig-zag un corto espacio, se pierde en la espesa fronda de los próximos encinares.

Este sendero estrecho y polvoriento, que más parece hollado por las picudas pezuñas de las ovejas, al dirigirse en busca de su aprisco, que por pies humanos, después de internarse en la sombreada espesura del monte, desemboca en la rica y pintoresca alquería "La Zarzale-ra", propiedad de don Servando Ibarra, eminente jurisconsulto, célebre por sus campañas políticas en la Corte.

En un claro de la espesura, en que forma irregular semicírculo la arboleda, se enclava una casita blanca como la nieve de rudimentaria arquitectura, baja y alargada, pero con toda la fuerza emotiva de su albura, cual blan-

ca gaviota, que en su rápido vuelo, hace prolongada escala para presidir con absoluta soberanía, la paz augusta de estos campos; su fachada principal, orientada al mediodía, tiene delante sirviéndole de vestíbulo, un pequeño jardín casi desolado por los rigores de la estación canicular, sin que por ésto pueda pasar desapercibida la presencia de unas manos femeninas que le arreglan y cuidan con singular esmero; una verja de palo rodea la parte delantera de la casa, mientras en la parte posterior, alta y fuerte tapia, circunda corrales y tenadas, donde los aperos de labor se confunden entre los maderos y seca retama, que sirven de guarida a unas cuantas parejas de tímidos conejos, prontos a ocultarse al menor ruido; gallos y gallinas se enseñorean con gran revoloteo, escalando todos los objetos y lanzando al aire las notas de su alegre y bullanguero reto. En lo alto de la tapia, un vistoso pavo real muestra ufano su plumaje, que los rayos crepusculares hacen resaltar con polícromas irisaciones.

En la fachada delantera de la casa, dos grandes y enrejados ventanales bañan de luz las ricas y espaciosas habitaciones. El ancho y empedrado zaguán, se extiende todo a lo largo del edificio y termina en la puerta que da acceso a los corrales. Al fondo, y en el ala izquierda del edificio, amplia y limpia cocina,



con grandes y labrados escaños, muestra el encenizado fogón custodiado por hermoso gato, terror de los desvanes de la casa; esta alegre y coquetona mansión, que saluda el matutino gorjeo de la alondra arrullada en las pesadas y largas horas de la siesta por el blando runruno de la tórtola, rasgando el silencio de sus muros en las horas crepusculares de la tarde, por el largo y estridente chillido del mochuelo, que en el mohoso hueco de una encina se dispone a servir de centinela en la densa oscuridad de la noche, es la casa del montaraz de "La Zarzalera", débilmente iluminada por los últimos rayos solares que llegan a ella, tamizados por la espesa celosía del ramaje de los encinares que la cercan.

II

Sendero adelante, en dirección de la casa y montado en su hermosa jaca tarareando una cancioncilla de la tierra, va el tío Cesáreo, servidor, que con insuperable celo y honradez, lleva veinticinco años sirviendo de montaraz en los vastos dominos de don Servando.

Hombre como de cincuenta y cinco años, de mediana estatura, pero de recia musculatura, de la cual hace alarde, y que le ha granjeado entre todos sus coterráneos el pomposo sobrenombre de "Tumba chotos".

Hace algunos años, el tío Cesáreo se encontraba en todas las tientas de la comarca, pues sus paisanos, conocedores de sus habilidades, no se podían pasar sin el espectáculo de verle agarrar con sus hercúleos remos al novillo de más bravura y poder, y cogido fuertemente a las astas, voltearlo con facilidad asombrosa, mientras el bicho, reducido a la obediencia, viéndose impotente, bramaba echando blancos espumarajos de rabia.

Cuando el tío Cesáreo recordaba sus bravas hazañas, las paladeaba con indecible deleite, a la par que su semblante se ensombrecía por aquello de que “al charro más valiente, si se le arruga la frente, se le arrugan los calzones”; pues a pesar de que él se encontraba todavía fuerte y ágil, en su frente se iban marcando algunos surcos rosados, mientras sus calzonetes de charro iban perdiendo la rígida tersura de sus mocedades; su rostro, de aspecto bonachón, en el que se reflejaba toda la franca nobleza del alma castellana, tomaba, a veces, expresión de ferocidad salvaje, y sus ojillos, pequeños y vivaces, se iluminaban con un destello de furor mal contenido; así debía de mirar a los leñadores furtivos que no se atrevían a cortar una retama en terreno del tío Cesáreo.

Al llegar frente a la casa, paró la jaca delante de la puerta y agachando un poco su corpachón, gritó con fuerza: Micaela, Micae-

la... abre la puerta del corral, y dando vuelta a la vivienda. entró, montado, por la grande portalada que abrieron desde dentro.

Micaela, la sirvienta de la casa, es una pizpireta muchacha de diez y seis años, un tanto consumida por la faena y el constante ajetreo de los quehaceres, que han ido marcando en su joven rostro las huellas de anémico cansancio.

—¿Ha venido Manuel?—preguntó el tío Cesáreo.

—No, señor; se marchó a las cinco a los “Carrascalinos” y dijo que no le esperaríamos pa cenar, porque a lo mejor se enreaba demasiao.

—Pues anda y dí a tía Escolástica, que avie la cena, que tengo que salir a dar una güelta al “Tomillar”, a ver si pesco por un casual al majo que se lleva los ramos; alguno se las va a ganar; y al decir ésto, miró con sus ojillos de rata a Micaela, que, asustada de su expresión, se metió corriendo en la casa a dar la orden a tía Escolástica, mientras él echaba un pienso a “Pintoja”, su inseparable compañera en las andanzas monteriles.

La tía Escolástica era la mujer del montaraz, y por conyugal parentesco, la montaraza. Más joven que el tío Cesáreo, conservaba la frescura de sus cuarenta y siete años, un poco pesados; pues estaba un tanto ajamonada,

mas sin exceso; a pesar de que sus facciones eran vulgares, tenían cierto aire de jovialidad, que la hacían atrayente y simpática; pero si sus rasgos fisonómicos sólo podían responder a un gusto poco refinado, no se podría decir lo mismo mirándola por el prisma psicológico de sus cualidades morales; almas como la de la tía Escolástica, sólo pueden fundirse al influjo del padre Sol castellano; fiel y amante de su marido, acata con sumisión la orden del amo, que es irrevocable mandato para ella, al igual de todas las mujeres de Castilla, que, bravas como leoninas, no pierden la entereza de su carácter ante el peligro y se doblegan humildemente ante el deber.

La tía Escolástica se dispuso a servir la cena para que al entrar el amo lo encontrara todo dispuesto.

III

Tarde de sol, de un sol abrumador e incendiario que hace crujir como en espasmódico estirón de nervios, los secos troncos de las encinas; atmósfera caldeada de una pesadez pegajosa, densidad letal, que al aspirarla, produce una contracción pulmonar de angustia. En el azul pálido del cielo, algunas nubecillas blancas, se agrupan, formando caprichosos cúmulos, que semejan algodón en rama.



Es la víspera del 18 de junio; día marcado con tinta roja en el calendario de la casa, y que no puede pasar inadvertido para la familia del tío Cesáreo, que son asiduos concurrentes a la romería que se celebra todos los años en honor del "Cristo de Cabrera".

¡Gran animación y alegría reina esta tarde en la casa montaracía de "La Zarzalera"!

En la puerta trasera de la casa, Manuel, muy afanoso, limpia con un cepillo de hierro las ancas de la mula que, ricamente enjaezada, ha de llevarle a la romería, donde, como otros años, se llevará la palma luciendo las habilidades que le ha legado su padrino.

Manuel, es un fornido muchachote, lleno de salud y vida, con esa rústica fealdad del hombre de campo, curtido bajo todas las inclemencias; es el brazo derecho del tío Cesáreo, lo mismo en las faenas del campo que en la guardería del monte. Huérfano a los nueve años, sin otro amparo que la Divina Providencia y la caridad humana de tía Escolástica, entró de criadillo en la casa, haciéndose querer muy pronto de todos por su jovial carácter y buen comportamiento. Tío Cesáreo llegó a coger tal apego al rapazuelo, que pronto desaparecieron las diferencias entre amo y criado; pues Manolillo le llamaba padrino, ya que tenía para con él atenciones de protector más que de amo.

Ha pasado el tiempo. Hoy, Manuel cuenta veinticuatro años y es querido de sus protectores como verdadero hijo; tío Cesáreo le confía todo lo que tiene para él algo de íntimo secreto, mientras tía Escolástica tiene con él solícitos cuidados de cariñosa madre.

En el jardincillo, María Rosa riega unas florecillas mustias, que, inclinando su corola de lacios pétalos sobre los tallos, parecen exhalar el último adiós a la vida.

María Rosa, preciosa criatura, único engendro de aquel nido conyugal, es de una firme belleza hogareña; su cabellera rubia como el dorado de la mies madura, cae en graciosos rizos sobre la tez tostada de su mórbido cuello; en el gracioso marco de su rostro bronceado, cual dos faros de potente luminosidad, que lanzan destellos de campestre voluptuosidad, sus ojos glaucos y soñadores, que aún despiertos parecen evocar dulces ensueños de placer; sus labios rojos, son dos pétalos de amapola fugados de un trigal, que cual encarnada mariposilla brindan el delicado néctar de su boca jugosa. ¡Florequilla silvestre que balancea la perfumada brisa de "La Zarzalera"!

¡Estampa castellana, que el artificioso pincel Divino, ha plasmado de relieve en el lienzo del campo charro!

¡María Rosa!, nombre simbólico que evocas gratos recuerdos del pasado; cual María,

es reina de los campos; la fragancia y lozanía de las rosas, es perfume perenne de su ornato.

Es María Rosa, el límpido espejuelo de la casa en que se mira embobado el tío Cesáreo; ella también está alegre; un gracioso mohín de satisfacción se dibuja en su bello rostro.

De las profundidades del arca saldrán, aquella tarde, el rico manteo rameado, los bordados zapatitos de raso, los collares y pendientes afiligranados que ha de lucir al día siguiente en la romería montada con Manuel, a la grupa de la mula, haciendo el despejo de la belleza en triunfal paseo, por entre la abigarrada urbe de romeros, que se congregan en torno de la ermita que cobija la preciada imagen del "Santísimo Cristo de Cabrera".

IV

El sol madruga en esta dulce mañanita del 18 de junio, iluminando con los destellos de su dorada cabellera el extenso campo charro y la informe masa humana que de todos los puntos de la "charrería", acuden en este día a Cabrera; muchos por su fervorosa devoción al Cristo; otros, para solicitar la protección de la divina imagen, y los más, para confundirse en el algarero holgorio de la multitud.

Mas de diez mil almas se agrupan en tor-

no de la ermita; el sol asciende impertérrito, majestuoso, por el diáfano azul de su ruta diaria; tocan a gloria las campanas del santuario lanzadas al vuelo, atronando el espacio con el alegre repiqueteo de sus lenguas metálicas; un silencio sepulcral invade a la multitud, que espera ansiosa, contagiada de fervoroso recogimiento; se oye dentro el débil sonido de una campanilla; "*Gloria tibi Dómine*", dice el sacerdote y la divina y milenaria imagen, aparece en la puerta de la ermita, extendiendo sus brazos paternales sobre la compacta masa de los romeros, que postrados de hinojos, elevan los corazones henchidos de santo gozo, para recibir la gracia de sus bendiciones.

Nada es comparable a este momento, en que la preciosa imagen del Crucificado pasa erguida sobre la tupida alfombra de fieles, acogiéndolos a todos con dulcísima mirada, llena de morosa misericordia.

Terminadas las ceremonias religiosas de la mañana, la multitud, confortada espiritualmente, como queriendo alcanzar el desquite de su místico recogimiento, se desborda en torrentes de alegría, inundando la extensa explanada y formando corros bajo la fresca sombra de las encinas.

Pronto aparecen sobre los blancos manteles, extendidos en el suelo, las suculentas me-

riendas y el vinillo añejo, tonificando los estómagos de grandes y pequeños. En todas partes reina el buen humor, esperando con verdadera impaciencia que llegue la hora de la capea, el espectáculo más divertido de la romería, donde las mocitas jaraneras ostentan con orgullo su belleza y lucen sus habilidades taurinas con suertes de valor más que de arte, los plantados muchachos de la comarca.

De uno de los corros sale una voz atiplada y fuerte que canta; este alegre romero, que lanza al aire las notas de su mojada garganta, es tío Cesáreo que, con Manuel, María Rosa y varios amigos, forman el grupo más bullanguero y alegre. Sentados en torno de espléndida merienda, cantan y ríen con alborozo: las repetidas libaciones del vinillo han ido poco a poco inoculando de su espíritu los cerebros, produciendo singular expansión, que se manifiesta en animadas conversaciones y estridentes carcajadas de satisfacción y bienestar.

El tío Cesáreo, dicharachero y alegre como nunca, rememora sus años mozos, añorando las alegres horas de su juventud, que se fueron para no volver.

—Aquí conocí yo a Escolástica—decía. Y a este propósito, me acuerdo de la jarana que armamos un año el señor Andrés y yo.

Quedó el tío Cesáreo sumido en sus recuer-

dos; algunos de los comensales lo instaron para que narrara aquel suceso de su juventud, y él, adoptando un gesto patriarcal, empezó:

—Yo era novio de Escolástica; pero, por aquel entonces, estábamos una miaja enfadaos; ella vino con su hermano a la romería, y yo vine también; los dos teníamos muchas ganas de hablarnos; pero, por más que nos encontramos, la miajilla orgullo que ca uno tiene no nos dejaba. Yo la seguía a toas partes, y cuando alguno la decía algo, parece como si me zumbaran los oídos y me daban ganas de armar gresca. Así habíamos estado casi toa la mañana, jugando al escondite, cuando al dar una güelta, me la veo con el señor Andrés, hablando con mucha intimidá. Como el señor Andrés era entonces mozo de buen ver, y que además de “tela”, tenía fama entre los que cobraban el barato en la romería; la Escolástica paece que no lo miraba con malos ojos, y como yo la quería con mucha ley, se me figuró que aquel guapo me quería birlar la novia, y yéndome a donde estaban, la dije a ella: perdona, que tengo que hablar con el señor dos palabras; él me miró de reajo y debí parecerle mu poca cosa, porque se echó a reir con mucha guasa, mientras le decía a Escolástica: espera un momento, que voy a ver lo que se le ofrece a éste, y nos separamos un poco.

Yo tenía así como un núo en la garganta,

que no me dejaba hablar. Usted y yo tenemos que arreglar una cuenta mu seria—le dije—. —Tú dirás—. Pues yo digo que vaya usted buscando con quién estar de palique, porque la Escolástica está acotá. —Pues yo te digo a tí, que ahora mismo voy a empezar a quitar los hitos, y me dió una tremenda bofetá, que me dejó bailando como un repión. A mí se me puso una cosa negra delante de los ojos, que casi no me dejaba ver; saqué la navaja... y me tiré a él como un gato; los dos caímos al suelo hechos una bola, y luego... no sé qué más pasó; pues me pareció como si hubiera estao soñando y al despertar ví a mucha gente que formaba corro y a Escolástica a mi lao, que se limpiaba los ojos con el pañuelo que tenía manchao de sangre. Luego me contaron lo que había sucedío. Andrés había sacao una pistola y me había herío; a él se lo llevaron una pareja de civiles, y a mí en un auto a Salamanca, donde me curaron la hería, que por suerte no era cosa grave. Después... muchas veces a declarar y muchos jaleos, hasta que fué el juicio; a él lo tuvieron preso, y cuando salió, fué a pedirme perdón; yo le perdoné, porque a lo hecho ya no había remedio, y él parece que lo sentía. Hoy no le deseo mal denguno, pero que no se vuelva a cruzar en mi camino, porque entonces... no sé, pero pué que me arrepintiera. Y su torva mirada, que el al-

cohol rameaba con rayitas sanguinolentas, se perdió en el espacio, para concentrar en la frontal confluencia de sus pobladas cejas, la posibilidad de enfrentarse cara a cara con el hombre que había querido arrebatarse su felicidad pretérita, y, por consiguiente, privarle de esta felicidad presente, tan hábilmente creada por la fidelidad amante de tía Escolástica y el alegre y firme cariño de María Rosa.

El recuerdo de sus dos grandes amores, vino a amortiguar un tanto el odio que abrigaba su pecho, dulcificando sus ideas para caer en esta consideración. Quién sabe si el destino de su vida no sería muy distinto, a no ser por aquélla desagradable circunstancia, que a pesar de sus consecuencias, no había sido sino halagüeño acicate que avivara el firme cariño que mutuamente Escolástica y él se profesaban.

Esta reflexión que mentalmente se hacía el tío Cesáreo, le hizo prorrumpir entre convencido e irónico: Dar-me la bota, que voy a echar un trago a la salud del señor Andrés; la chanzoneta hizo reír de buena gana a todos, que puestos en el terreno de los brindis, cada cual lo hacía a la salud de quien mejor le parecía.

María Rosa, radiante de belleza, indiferente a las miradas codiciosas de que era objeto, reía, reía, cada vez más fuerte, con su risita de cascabel, haciendo brincar la crucecita de pedre-

ría que irradiaba multicolores destellos sobre la aterciopelada blancura de su pecho turgente.

A pesar de este regocijo, uno de los comensales parecía no participar en él, si bien disimuladamente aparentaba todo lo contrario.

Cabizbajo y reflexivo, Manuel, atezado por honda preocupación, de vez en cuando levantaba su torva mirada, que iba a fijarse con insistencia en el ovalado rostro de María Rosa, y de pronto, como si temiera ser sorprendido, salía de su abstracción para sumirse de nuevo en el glacial continente que le dominaba.

V

El pequeñito coso taurino, del siglo XVII, rebosante de un inmenso gentío de todas clases y edades, levanta burbujas de entusiasmo bajo la bóveda azulina de un cielo limpísimo.

Infernal algarabía de voces y risas; el febril delirio del entusiasmo que abrigan los pechos de esta tierra, torera por excelencia, que llena la plaza hasta sus bordes, pareciendo un enorme tazón lleno de gente, que el cálido sol de junio pone en combustión, bajo el calor alegre del regocijo.

Unos doce mozos de los más audaces, se tiran al ruedo armados de blusas y chaquetas a guisa de capa, y esperan, serenos y valientes con un pie en el estribo y otro en la arena), que sal-

ga el bicho, el que al salir, deja el ruedo más limpio que una patena.

Yo no sé si a ésto se le llama “miedo”, o es que hay que dejar al toro que se serene.

Por fin, de un burladero se arranca un valiente, y luego otro, que se van acercando con precauciones, y empieza la lidia, pródiga en emocionantes revolcones. Todo se aplaude y jalea: lo regular, lo malo y lo peor.

En las primeras gradas, muy cerca del toro, para verlo mejor y para si llega el caso tirarse al ruedo, está tío Cesáreo, que se desgañita dando voces a los toreros, increpándolos a veces, y a veces jaleando las faenas, que según sus conocimientos taurómacos, se lo merecen; él se encarga de conceder orejas y rabos, y hasta el novillo si se le apura un poquito. A su lado, María Rosa, sigue las incidencias de la lidia con ingenuo regocijo; está hermosa sobre toda ponderación; su cara sofocada por el calor, tiene una tonalidad rosada como una manzana agridulce, dulce como la sonrisa que florece en sus diminutos labios: agria, con esa acritud que se dibuja en el fondo claro de sus ojos glaucos, que revela un carácter un poco campesino. Caen sobre su frente algunos ricillos rebeldes, dorados, cual las hebras del sol candente, que ella se afana en colocar, con un asomo de marcada coquetería.

Sobre su pecho tiene un ramito de pensamientos, que la ha regalado Manuel.

Sale a la plaza un diestro arrogante, que reta al toro con valentía. En él reconocemos a Manuel, que sereno, con su chaqueta en la mano, sale a recoger los vítores y palmas de otros años, premio al temerario arrojo de que hace alarde.

Se arranca el bicho, y él, valiente, lo recoge; un aplauso clamoroso corona el lance. Vuelve a citar, y el cornúpeto se arranca rápido, rozándole, no los alamares, porque no los tiene, pero sí la faja, llevándose en las astas un trozo de ella, como trofeo de su bárbara acometida.

Las palmas y vítores llegan al colmo del entusiasmo, y él en medio del ruedo, sereno y alegre, recibe el homenaje, que suena en sus oídos con dulce tableteo de gloria.

Tío Cesáreo, en un momento de loco frenesí, ha tirado al ruedo el sombrero, la chaqueta y hasta la bota, "que es cosa seria para él", y no le ha tirado los calzones porque podía parecer mal a la selecta concurrencia.

Está Manuel erigiéndose en idolo de la tarde, cuando aparece de súbito en la plaza un nuevo diestro haciéndose blanco de todas las miradas, y de la expectación unánime del respetable.

Es un mozo arrogante, guapo de verdad;

uno de esos tipos varoniles, no exentos de jactancia y bastante poseídos de los estragos que hace en los pechos femeninos su figura privilegiada.

Se acerca decidido al toro, que junto a la barrera babea jadeante, y en un alarde de temerario valor, llega hasta poner la mano en el testuz de la fiera, que parece no darse cuenta de su presencia; él se vuelve ufano para apreciar el efecto que produce su hazaña, en el momento en que el astado acomete con furia inusitada; lo coge, lo revuelca y pisotea, mientras una exclamación de angustia, se ahoga en todas las gargantas, un sólo grito se oye en la plaza; todos los ojos se vuelven a mirar a María Rosa; él se levanta del suelo un poco azorado y confuso; compone su ropa desgarrada, y entre una formidable salva de aplausos atraviesa la plaza, hasta colocarse debajo de María Rosa, y con la voz un tanto emocionada, brinda la suerte: Brindo por la mujer más retrechera y bonita que ha visto el sol.

Tío Cesáreo ya no aplaude ni grita, su voz se quiebra en la garganta y su cara, congestionada por el alcohol, se ha tornado de una palidez cadavérica; se levanta de su asiento e interponiéndose entre los dos, quiere impedirlo, pero María Rosa, un poco turbada y roja como una cereza, en un impulso de admiración, agradecida, desprende el ramito de pensamientos que lle-

va sobre el pecho, y con ademán decidido, que tío Cesáreo no puede evitar, lo arroja al ruedo; flotan un momento en el espacio los rojos pétalos y caen a los pies del galante mozo, que los recoge con pasión de enamorado y... vuelve a la fiera, decidido a vencerla con la sola potencia de sus brazos. Tira la chaqueta y se va al toro; un estupor creciente invade a todos, pero tío Cesáreo no lo vé, no quiere verlo. Atenazando fuertemente el brazo de María Rosa, la arrastra fuera de la plaza; ella vuelve la cabeza para fijar su mirada con insistencia en aquel desconocido, que se juega la vida en medio del ruedo y que parece ejercer sobre toda ella diabólica influencia.

Salen de la plaza. Tío Cesáreo quiere ocultarse a todas las miradas y lleva a su hija hasta la ermita; la presencia de la venerada imagen del Cristo, bajo la fresca sombra de las bóvedas, le serena, y conduciendo a María Rosa cerca de la imagen, con la voz aún tembloroso de coraje la explica: —Es Juan José el hijo del señor Andrés, nuestro mayor enemigo, tan chulo y sinvergüenza como su padre; el señor Andrés le había querido arrebatarse aquella mujer que tan feliz le había hecho; la fiel compañera de su vida, que tan hábilmente había sabido adueñarse de su rudo pero firme y leal cariño, y que, además, le había dado aquella hija, único consuelo de su

próxima vejez, a quien él quería con incomparable cariño; María Rosa era para él todo en la vida; faro luminoso que alumbraría con feliz destello los últimos años de su existencia caduca; delicada florecilla, que él había sabido cultivar, preservándola de todos los peligros; cobijándola al amparo de su cariño, para que el inclemente cierzo de la vida no hiciera mella en su frágil organismo, y ahora la veía amenazada de un serio peligro; pero no, no sería; allí estaba él para evitarlo.

La fatalidad de la vida no se conformaba con haber cruzado en su camino, en los alegres años de su juventud, a un ser depravado que había querido usurparle su felicidad, y estuvo a punto de quitarle la vida; sino que, ahora le hería con golpe más rudo aún; otro ser tan depravado como aquél a quien debía la existencia, quería arrebatarse y deshacer lo que tenía para él más mérito en la vida: la felicidad de su hija; mas no; ésto no sucedería mientras el tío Cesáreo conservara un hálito de vida, por el Cristo de Cabrera, quedaba solemnemente “juraó”.

VI

Con los codos sobre la empalizada del jardincillo y abismada en reflexiones, María Rosa deja volar su débil imaginación, absorta en

la contemplación del espacio gris de una tarde setembrina, viendo surgir de entre la tenue bruma, castillos dorados, que coronan plateados gallardetes, al parecer cimientos incommovibles y que al débil empuje de su soplo cálido, al emitir las notas de un suspiro, ve desvanecerse entre la transparente gasa del crepúsculo, el quimérico sortilegio, la visión dulce de sus sueños de enamorada.

Todo el porte de su persona, denota ordenada dejadez. El color cetrino de su cara, está velado por densa palidez, que hace resaltar sus pupilas claras, bajo unos cercos parduzcos, que dan a su mirada una expresión de sugestiva languidez.

Han pasado dos meses desde aquella tarde, cuando al salir de la ermita de Cabrera, Juan José, se acercó a ella y la dijo: “Bendita sea la gracia de la Macarena;—y quitando un pensamiento del ramito que ella le había tirado al ruedo, se lo alargó diciendo: —El día que el pensamiento quede marchito habré dejado de quererte. Ella se quedó anonadada; le pareció que algo extraño se iba adentrando poco a poco en su pecho, bañándolo de una satisfacción indecible, de un gozo insospechado, nunca sentido hasta entonces por ella; pobre corazoncito ajeno a los violentas sacudidas del amor; masa fácilmente moldeable, tempranamente herida, por una de las mortíferas fle-

chas que “Cupido” lanza incansablemente, desde el sitial mitológico de sus dominios.

Con un ademán resuelto se apoderó del pensamiento que Juan José la tendía para guardarlo... pero no pudo; una mano fuerte como una tenaza la oprimía fuertemente; se volvió y se encontró con su padre, mas... aquél no era su padre; aquel rostro de expresión salvaje, rojo de cólera, donde brillaban chispeantes dos ojos como carbunclos, no lo había puesto su padre nunca delante de ella; quiso arrebatárle la florecilla que aún mantenía en la mano, pero María Rosa, con un supremo esfuerzo ocultó la flor, dejándola caer por el escote del justillo carmesí e irguió el busto desafiante; eso nunca. Antes se dejaría arrancar la vida, que el rojo pensamiento, cuyos pétalos, la producían un dulce escalofrío, al resbalar sobre la piel ateciopelada de sus senos hieráticos.

Ella, sumisa palomita, para la que habían sido siempre mandatos los ruegos de su padre, se revelaba ahora contra su justa cólera, celosa del seriamente amenazado porvenir de su hija. Y es que aquel hombre extraño para ella hasta entonces, habíase adueñado totalmente de su corazón, induciéndola a aquellos actos en que la voluntad era impotente, ante aquella diabólica influencia que Juan José ejercía sobre toda ella. Y es que, era tan gua-

po Juan José... y mentalmente se puso a reconstruir aquel rostro de rasgos varoniles, con que ella había soñado tantas veces en las noches largas del invierno, allí en aquella casita solitaria en medio del monte, en donde el suave murmullo de las retamas, el blando runruno de las tórtolas, el alegre y saltarín canario con sus inconfundibles melodías, y, por último, las gayas flores de su huerto la hablaban de "amor"... Ah, si su padre supiera cuán grande era el cariño que profesaba a Juan José; no era posible que la destrozara el alma de aquella manera, y además, era tan dulce amar; amar como ella amaba; que la muerte misma, hubiera sido insignificante tributo rendido en el ara de la pasión.

¡Amar!, amar y ser amada; pues Juan José la amaba; bien claramente lo decía el pensamiento; y María Rosa salió de su abstracción, tiró de una cadenita que pendía de su pecho y abriendo un relicario diminuto, quedó amorosamente ensimismada, contemplando un pensamiento rojo con rayitas amarillentas: ¡Cosa extraña!; el pensamiento que Juan José le diera dos meses antes en la romería de Cabre-ra, permanecía fresco y lozano cual si acabara de ser cortado de la jugosa mata reproductora; llevó el pensamiento a los labios y así estuvo mucho rato, cual polícroma mariposilla, libando y absorbiendo el perfume delica-

do de la florecilla. Sintió la puerta de la casa y lo ocultó prestamente en su seno; era tío Cesáreo quien salía y al ver a María Rosa se quedó parado en la puerta contemplándola en silencio. A pesar del poco tiempo transcurrido, se advierte en el rostro del tío Cesáreo la huella del sufrimiento; sus contados cabellos blancos se han multiplicado considerablemente hasta dar a su cabeza un aspecto venerable; su mirada se ha vuelto más viva y penetrante.

Después de contemplarla un corto espacio, abrió desmesuradamente la boca como para articular una palabra, pero se le quebró la voz en la garganta; hizo una mueca horrible con la cara, pasando por una escala de colores indefinibles y levantando al cielo su recio puño en actitud desafiante, soltó una imprecación grosera y se entró en la casa como una tromba. ¡Ay de aquellos que torturaban el alma de su hija, destrozando su preciosa vida y desafiaban las iras implacables del tío Cesáreo!

En este momento se oyó la voz de Micaela que llamaba a María Rosa: salió de la casa y se acercó a ella, mirando a todas partes con recelosa timidez, y muy bajito, en un tono de voz casi imperceptible para María Rosa, la dijo: —Es de él—, y la mostraba en la mano ennegrecida, un papel arrugado. Me lo dió esta tarde pa usté.

Tornóse alegre el rostro de María Rosa, ti-

ñéndose sus mejillas de un tono rosado y con un temblorcillo escalofriante que conmovía todo su cuerpo, se apoderó de la arrugada misiva y se entró corriendo en la casa; se metió en su cuarto, candó con llave por dentro y se dejó caer desmadejadamente en el lecho para serenarse y amortiguar un tanto los fuertes latidos de su corazón, que parecía querer salirse del pecho; desdobló el papelito y leyó con creciente angustia esta lacónica misiva:

“No me es posible sobreponerme por más tiempo, a la irresistible tentación de verte si tú quieres, por última vez. A las dos, seré fijo como el reloj; te espero en la tapia del corral, junto a la encina hueca.”

Siempre tuyo,

Juan José

Leyó y releyó el papelucho; se restregó los párpados y un miedo horrible se apoderó de toda ella. No; que no venga. No quiero que venga. ¡Ah!, si mi padre se enterara; y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Pero sí quiero que venga; quiero verle, aun cuando sea por última vez como él dice; y se dejó caer boca abajo en la almohada, con un hipido inconsolable.

Así permaneció largo rato; los objetos de la habitación se iban sumiendo casi por entero en la penumbra; en esto, unos nudillos repiquetearon en la puerta. María Rosa... María

Rosa... Era la voz de tía Escolástica que la llamaba para cenar.

VII

El acompasado tic-tac del reloj antiguo de grandes pesas, fué interrumpido por dos martillazos metálicos, que resonaron en la estancia, quejumbrosos, cual dos ayes lastimeros de la campana niquelada, que sonaron con extraña sonoridad, al amortiguar un momento el constante ritmo del reloj.

María Rosa se incorporó en el lecho, restregó sus párpados doloridos y se puso en pie; no había querido desnudarse para no perder tiempo. Salió de la alcoba y llegó a tientas hasta la puerta de la habitación; empujó suavemente una de las hojas, que al girar sobre los goznes, produjo un chillido prolongado; quedó un momento indecisa escrutando la oscuridad del ancho patio y por fin, se aventuró en las sombras. Con las manos puestas en la pared siguió a lo largo del zaguán; al llegar en frente de la cocina, le dió un volquetazo el corazón y tuvo que pararse para respirar: dos puntos chispeantes como ascuas brillaban con destello siniestro en la negra oscuridad; eran las pupilas verdes de un gato, centinela avanzado del fogón. Llegó a la puerta del corral, recorrió con mucha suavidad el pesado

cerrojo y abrió el postigo; una ráfaga de aire tibio, le dió en el rostro, e hizo conmover todo su cuerpo. Salió al corral y empujó tras sí la puerta.

Por una parte el estado de ánimo en que se encontraba y por otra el fresco airecillo de la madrugada, hicieron temblar todo su cuerpo con sensación de escalofrío. Encima de un saco dormitaba el perrazo lanudo, lanzó un gruñido sordo, y se incorporó perezosamente; María Rosa le hizo una seña imponiéndole silencio, y él le lamió la mano respetuoso con gesto de resignada complicidad.

Cogió un cajón vacío, que colocó sobre un grueso madero y agarrándose a las retamas se encaramó en la tapia; alguien la cogió fuertemente de las muñecas. Eran Juan José, que de rodillas sobre el arzón de su caballo la esperaba. Ninguno de los dos pudo articular una palabra de saludo; tan fuerte era la emoción que les dominaba. Permanecieron cinco minutos en silencio, enlazadas las manos, en un silencio elocuentísimo, más que todas las palabras.

María Rosa miraba ensimismada aquel rostro guapo de verdad, de correctas facciones varoniles, que se dibujaba en la gasa color ceniza del amanecer. El la miraba con amoroso arrojó, viéndola tan cerca de sí y tan imposible de conseguir.

Pasó una lechuza por encima casi rozando sus cabezas y lanzó un chillido estridente, que les pareció una carcajada sarcástica.

Se oía el lento masticar de las caballerías.

A pocos metros de ellos, Manuel roncaba en el pajar.

Alguien velaba también en el interior de la casa. El débil chillido de la puerta, al empujarla María Rosa, había despertado a tío Cesáreo cuyo oído agudísimo percibía los ruidos más insignificantes. Salió de la alcoba, en el momento preciso que María Rosa traspasaba el umbral de la puerta trasera; brillaron sus pupilas, cual si fueran las del felino; soltó una blasfemia y quedó un momento indeciso, haciéndose cargo en seguida de lo que pasaba; se encaminó a la alcoba y volvió a salir a poco, dirigiéndose a la puerta delantera; la abrió con mucho sigilo, atravesó de un salto el jardincillo, dió vuelta a la empalizada y se escurrió como un reptil en las sombras, todo a lo largo de una de las paredes laterales del edificio. Tuvo que pararse muchas veces para respirar y otras tantas volvió a emprender su fatigoso y monótono recorrido. Así llegó a la tapia del corral, donde tuvo que redoblar las precauciones; sólo le faltaba un metro para llegar al tronco de una encina, cuyas raíces minaban los cimientos de la tapia, lo cual consiguió al cabo de un cuarto de hora de fatigosa lucha con sus pulmones;

en el mismo tronco de la encina, roía unas hojarascas el caballo y tío Cesáreo hubo de contener la respiración, lo cual no impidió que aquél diera una sacudida de recelo, que estuvo a punto de tirar a Juan José.

Tío Cesáreo se iba cansando ya de aquella monotonía; le hubiera gustado arrojarse cuanto antes sobre aquel miserable, pero se contuvo; quería oír lo que decían y escuchó.

¡Cuán ajenos estaban ellos, a que se les vigilaba tan de cerca.

Oyó la voz de María Rosa que decía: ¿Por qué has venido, Juan José?

—He venido, ya lo sabes, porque te quiero, porque no puedo pasarme sin verte; sé lo que me juego en esta partida; sé que si tu padre se enterara, podía costarme muy caro, pero no me importa; la muerte misma no me detendría ¿de qué me sirve la vida, si no ha de ser para vivirla y gozarla a tu lado, con el cariño más grande y puro que he tenido?

Había tal sinceridad en sus palabras, que el tío Cesáreo pensó si sería tal vez un crimen lo que él pretendía; si aquel hombre podía labrar la felicidad de su hija y él la deshacía por un ciego arrebató de su excesivo cariño... pero no; en seguida se avergonzó de su indulgente pensamiento, no era un hombre honrado; era un miserable como su padre; bien se lo decía el corazón y él, el tío Cesáreo, no se engañaba

nunca; además, había un juramento de por medio, al que no faltaría, daría antes la vida que ser perjuro.

—Calla, calle, Juan José. Bien sabes que te quiero; si no te quisiera, ¿haría lo que hago?, he perdido el respeto a las canas de mi padre; he despreciado exigencias y miramientos de toda mujer decente; me has vuelto loca, Juan José.

—Pues a eso he venido, a saber si me quieres; a saber si ese cariño que me tienes, es un capricho, o es un cariño firme y honrao, como deben querer las mujeres.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo oyes; que te pongas la mano sobre el pecho, y mires si te encuentras con fuerzas para sacrificarte un poco por tu cariño.

—No te entiendo.

—Tengo un proyecto. Bien sabes que te quiero con toda mi alma, y que me sería imposible la vida sin tu querer; tú también me quieres, ya lo has dicho. Tu padre, lo conozco; no consentiría nunca que seamos el uno para el otro, en vista de lo cual, yo he decidido, si tú quieres, que te vengas conmigo.

El tío Cesárec rechinó los dientes, echó mano al bolso de su chaquetilla, y empuñó la navaja cabriterá; iba a hundirla en el corazón de aquel bandido, a fin de extirpar el cariño maldecío, que no reparaba en medios para pi-

sotear su honra; pero una violenta sacudida del caballo, le contuvo.

—Eso que me pides, es una infamia; yo no puedo hacerlo.

—¿Lo estás viendo?, ¿ves cómo no me quieres?—insinuó Juan José.

—Porque te quiero, no me voy. Porque sé que, al fin del mundo, mi padre nos seguiría; y su venganza sería terrible.

—No te seas tonta; tu padre no nos encontrará. Lo tengo todo dispuesto; mañana nos escapamos, y dentro de tres días, embarcamos para Buenos Aires, y allí... nadie podrá oponerse a nuestro amor; ¡qué felices seremos si tú quieres!; y ponía tal acento de persuasión en sus palabras, que María Rosa se sentía desfallecer.

Callaron un momento; tío Cesáreo, percibía la respiración agitada de ambos.

Un gallo rompió el silencio con su estentóreo saludo al alba.

Por entre el tupido ramaje de las encinas, se veía la claridad del amanecer.

En el pecho de María Rosa, se debatía una empeñada lucha; por una parte, la pasión avasalladora de aquel maldito querer, que tan adentro se le había metido y, por otra, el cumplimiento honrado del deber. No quería renunciar a aquel cariño, que hubiera sido renunciar a la vida propia, pero tampoco que-

ría abandonar todo aquello que la rodeaba. Sus padres, ya casi viejos, con tanto como la querían; su pobre madre se moriría de pena, y su padre ¡ah, su padre!, no se resignaría a la pérdida de su hija.

Dejar a Manuel, tan bueno y cariñoso con ella; a Micaela, la servicial criadilla, cómplice de sus enredos; y por último, la casa y su huerto; las flores del jardincito se secarían, y María Rosa, pensando estas cosas, no se daba cuenta que estaba llorando; dos gruesas lágrimas surcaban sus mejillas. El la hablaba cada vez más apasionado y persuasivo, y... muy cerca, cada vez más cerca; el cálido aliento de su boca, secaba las mejillas de María Rosa, que se sentía vencida, sin fuerzas para defenderse.

El, poseído del influjo de su palabra, seguía hablando y ella, impotente con la impotencia de la mujer locamente enamorada y débil, con la debilidad de la inconsciencia, se dejó arrastrar por la seducción de sus palabras y en un arrebató desesperado, dijo: Dios lo quiere así; pues sea, mañana me voy contigo.

El la atrajo hacia sí todo cuanto pudo, replicó: No te pasará. Mañana, a las doce, te espero en "La encina de la fuentecilla". ¿Irás?

—Iré.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Volvió a quedar todo en silencio. Se oía la respiración jadeante de sus bocas que se fueron acercando lentamente, hasta juntarse en un beso largo, interminable.

De nuevo, tío Cesáreo, volvió a empuñar la navaja, pero no hizo ademán de moverse; lo había pensado mejor. Hombre decidido, como buen charro de temple, le gustaba madurar sus proyectos.

Poco después, se oía el trote largo de un caballo, que el sendero adelante se alejaba.

Tío Cesáreo dejó su escondite, y corrió a meterse en la casa, antes que María Rosa pudiera oírle.

Reinó de nuevo el silencio, sólo interrumpido por el matutino cántico del gallo, que en lo alto de la tapia anunciaba el día.

VIII

¡Qué triste está la casa montaracía de “La Zarzalera”!

Ya no canta Micaela con el gracejo habitual, cuando trajinaba en las faenas caseras; ahora friega el patio de la casa, pero calladamente, en silencio; interrumpe la tarea y se queda reflexionando. ¿Qué pasará en la casa? Algún viento malo les ha entrado la desgracia por la puerta.

El amo, que paece un cardo borriquero, no

se le pué hablá, siempre de mal humor; María Rosa, ca día más consumida, y tó por culpa de ese... tricante, que ha sido el que ha traío la guerra, y que porque es un miaja guapo, se ha encandilao con él; claro que yo les he servido de compló... o cómplice..., o como se diga eso; pero es por que una no se pué negar, pero si ella estuviera en mi pellejo, no volvía a paecer por los estos alreores ese goloso.

Mira que ha traío enreos a esta casa, que está el pobre Manué, que si se pone al sol, no le hace sombra el cuerpo; ¡con lo juerte que él estaba, y cómo se ha quedao!; y tó por culpa de ese baboso. Probecillo; no se me olví la tarde aquélla, que estábamos en el cerrao de "La Cañá", y me dijo: Oye Micaela, como sé que tu no has de decirlo, te voy a contar un secreto de toa mi vida. Tú sabes que, desde chiquitito, yo me he criado en casa de los amos; pues bueno, asín, como dicen, que si dos personas se rozan llegan a cogerse ley, yo he cogío cariño a María Rosa, pero como ella es hija de lós amos y yo no soy, na más que un entruso en la familia, pues no me atrevo a decírselo. Y al probecillo se le llenaban los ojos de agua. Pues yo, en el pellejo de ella, si me dieran a elegir, pué que me queara con Manuel, que es más trabajadó y más bueno y más tóo...

Tan embebida estaba en sus cavilaciones, que una voz del tío Cesáreo, la hizo dar de bruces en el empedrado del zaguán.

—Mía tú a ver si pues dejar eso, y márchate a llevar las cabras.

No necesitó nueva orden Micaela, que salió como una flecha por la puerta del corral.

El día avanzaba lentamente; llegó la hora de la comida. Se sentaron en torno de la mesa, el matrimonio y Micaela; Manuel se había ido al trabajo desde por la mañana y María Rosa se cerró en su cuarto, pretextando un fuerte dolor de cabeza, para no encontrarse frente a frente con su progenitor.

—¿Y María Rosa?—preguntó en tono agrio el tío Cesáreo.

—Debe estar malucha, porque dice que la duele la cabeza, contestó la tía Escolástica.

—Pues si le duele la cabeza, que se levante a comer, que a mí también me duele y no me acuesto.

No tuvo más remedio María Rosa que comparecer. Apenas entró en la cocina, sintió, cual dos alfilerazos, la penetrante mirada de su padre; en todo el transcurso de la comida osó levantar la vista por no encontrarse con aquella mirada de fuego que la escrutaba. Era demasiado el suplicio a que se la sometía. Tentada estuvo de arrojarse a los pies de su padre y con-

társelo todo, pidiéndole perdón pero conocía su carácter recio; sabía que no la perdonaría nunca aquella falta, y se contuvo

Empezaba a anochecer.

El tío Cesáreo estaba más jovial que durante todo el día; se asomó a la puerta del corral y gritó. —Escolástica—, avía la cena, que tengo que salir esta noche.

Terminada la cena, frugal, pero más alegre que la comida el tío Cesáreo echó al hombro el recio capote, y colgándose la escopeta de pistón, salió por la puerta del corral.

—¿Vendrás pronto?—preguntó la tía Escolástica.

El se volvió, y la contestó un poco zumbón. Hombre... no sé; depende de las circunstancias; y echó a andar.

María Rosa corrió a la puerta; lo vió alejarse senderito adelante, y una angustia horrible la oprimió el pecho; quiso gritar y no pudo. Ya se perdía en la oscura sombra de las encinas la silueta del tío Cesáreo y María Rosa, haciendo un supremo esfuerzo para dominarse, gritó con todas las fuerzas: ¡padre!...; pero él ya no la oía; había dado la vuelta a un recodo del sendero, y se perdía en las sombras.

IX

Era una noche oscurísima; no se veía un resquicio de luz por parte alguna sólo el estrellado firmamento, parecía más animado que de ordinario.

Dos horas llevaba el tío Cesáreo sentado bajo la encina, cansado de esperar; encendió una cerilla y miró el reloj; eran las doce menos veinte. Se levantó rápidamente del suelo; ya era hora de irse preparando; cogió el capote, lo hizo un lío y lo tiró a la encina; colgó la escopeta de una rama y agarrándose a la corteza y hoyos del tronco, se encaramó arriba con agilidad felina.

Ya en alto, buscó un asiento que le permitiera ver el sendero y el camino en un gran trecho; colocó el capote a guisa de almohada sobre la rama elegida y se sentó, colocando la escopeta sobre las rodillas. Había que esperar aún. Encendió un cigarrillo y esperó. Habían pasado diez minutos en esta forma, cuando sintió un ruido que le hizo estremecer. Hacia el camino se oía el galope de un caballo que se acercaba; oyó cómo de pronto se paraba, y luego, unos pasos precipitados de persona; la retina del tío Cesáreo, se dilataba, cual la de un ave de rapiña, escrutando la densa negrura de la noche.

Un bulto negro se percibió en la oscuridad. El tío Cesáreo, con la calma de un criminal empedernido, amartilló la escopeta y encañonó aquel punto movable y negro, que se iba haciendo cada vez más perceptible.

Quedó el que se acercaba un momento parado, como escuchando, y volvió a caminar en dirección de la encina; se volvió a parar a dos pasos de "La fuentequilla"; era el momento de obrar. El tío Cesáreo oprimió suavemente el gatillo de la escopeta, como si se recreara en su venganza; una lengua de fuego rasgó el oscuro manto, seguida de un estampido formidable; un segundo de angustioso silencio, y luego, un ay lastimero seguido del golpe de un cuerpo pesado que cae.

Al tío Cesáreo, se le coaguló la sangre en las venas; aquel quejido... no, no podía ser; tiró la escopeta, y de un salto bajó de la encina. Allí está aquel cuerpo; no veía nada, encendió una cerilla y... quedó inmóvil, rígido como una estatua. En un charco de espumosa sangre, Manuel agonizaba.

Al débil resplandor de la cerilla, Manuel abrió los ojos y en sus pupilas vidriosas, se reflejó el asombro, al reconocer al tío Cesáreo. Con un hilillo de voz casi imperceptible, balbuceó.

—Me... muero... padrino..., quise salvarla... me... mu... ero..., pero... es... por... ella..., diga.



sélo... Ma... ria... Ro...; quiso incorporarse para terminar la frase, pero un borbotón de sangre salió por su boca, y cayó pesadamente de espaldas, quedando inerte.

Pobre Manuel; qué caro tributo rendía el amor. La noche de la cita, había escuchado desde el pajar y quiso salvar a María Rosa, sin sospechar que iba a costarle la vida.

María Rosa consternada por la tragedia, logró extirpar aquel maldito cariño, que les arrastró a tan funesto desenlace.

Ella colocó aquélla crucecita de palo, que hoy existe, carcomida por el tiempo, y que el indiferente caminante saluda con respeto.

Cuenta la leyenda, que la Fuentecilla estuvo mucho tiempo manando sangre, por lo que sus comarcanos, la llamaban, en otros tiempos, "La fuentecilla de sangre".

Agobiada por el sufrimiento y no pudiendo acallar los implacables remordimientos de su conciencia, María Rosa, profesó poco tiempo después, en el Convento de las Clarisas de Salamanca.

GUSTAVO GONZALEZ

Salamanca y agosto de 1930.

FIN

—“Lea usted el próximo número del mismo autor, *“En el seno del vicio”*”

10200 (96)

NYP